

CAPITULO XIII.

DE LOS DOCE CONSEJOS EVANGÉLICOS: DE LA DIFICULTAD E IMPOSIBILIDAD DE ENTRAR LOS RICOS EN EL REINO DE LOS CIELOS, Y DEL PREMIO DE LOS QUE LO DEJAN TODO POR SEGUIR A CRISTO.

Muy notable es la diferencia entre los preceptos y los consejos evangélicos; necesarios son aquellos para conseguir la salud y la vida eterna, estos empero lo son para alcanzar la mayor perfección. A la observancia de los preceptos estamos obligados, pero no á la de los consejos, aunque no hay la menor duda que la observancia de los consejos conduce mucho para no faltar á la de los preceptos. Doce son los llamados propia y verdaderamente consejos evangélicos; los primeros miran á la pobreza, los segundos á la obediencia, los terceros á la castidad, los cuartos á la caridad, los quintos á la mansedumbre, los sextos á la misericordia, los séptimos á la simplicidad de las palabras, los octavos á huir las ocasiones de pecar, los novenos á la rectitud de las intenciones, los décimos á la conformidad de las obras con las palabras, los undécimos á evitar las soli-

citudes de la vida, y los undécimos á la correccion fraterna, aunque de algunos de ellos, atendidas las circunstancias de las personas, tiempos y lugares, pueda decirse tambien que hay preceptos.

En el capítulo que antecede acabamos de consignar muy explícitamente el consejo de la pobreza en la respuesta que dió Jesús al jóven que fué á preguntarle qué era lo que habia de hacer para ser perfecto; pues ya vimos que le dijo el Salvador: Si quieres ser perfecto, marcha, vende todo lo que tienes, y repártelo á los pobres, y ven y sígueme. Y ya san Lúcas nos habia dicho tambien que el Señor habia manifestado claramente á sus discípulos, que el que no renunciase todo lo que poseyera, no podria ser su discípulo; con cuyas doctrinas se ve claramente que este amor á la pobreza, esta generosidad y desprendimiento son un mero consejo, al que está precisamente vinculada la mayor perfección. En aquellos otros consejos consignados en san Mateo, en los que nos dijo Jesús: Que el que quisiera caminar en pos de él debia negarse á sí mismo, y que sobre la cátedra de Moisés se habian sentado los escribas y fariseos, aconsejando á las turbas obedeciesen lo que ellos enseñasen, pero que no obrasen como ellos obraban, resplandece de un modo clarísimo el consejo de la obediencia; porque ¿qué otra cosa es renunciarse uno á sí mismo, sacrificar los deseos de su voluntad y no tener voluntad propia, que obedecer con la obediencia mas puntual y ciega? ¿Ni qué otra cosa quiere decir el que se tengan que obedecer las doctrinas de los escribas y fariseos sentados sobre la cátedra de Moisés? Inclinados eran al mal, maquinaban consejos de iniquidad, bramaban de coraje y rabia contra Jesús, eran en qn incansables en buscar pretextos y medios para perderle; con todo, el Maestro divino aconseja que les oigan y obedezcan cuando hablan desde la cátedra donde se sentaba el legislador que él en otro tiempo les habia dado para que les condujera á la tierra de promision. Y el tercer consejo, que es de castidad, brilla tambien como vimos en el precedente capítulo, cuando Jesús dijo á los fariseos que habia eunucos que ellos mismos se habian hecho tales para conseguir el reino de los cielos. Como precepto habia mandado abstenerse de la fornicacion, diciéndonos en otro lugar por el mismo san Mateo, que el ver la mujer agena y desearla, era ya quebrantar el precepto en

su corazón; donde se ve que para la mejor observancia del precepto era muy importante el consejo.

Estos tres consejos son especiales para los que desean alcanzar la verdadera perfeccion religiosa, porque alejan del mal á todos los que los observan, no solo en cuanto á la culpa, sino tambien en cuanto á la causa. De tres raíces nace precisamente todo mal, á saber, de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos y de la soberbia de la vida, cuyas tres raíces se esterilizan enteramente por la castidad, por la obediencia y por la pobreza.

El cuarto consejo, que se funda en la caridad, no deja de ser tal, aunque al parecer tenga la fuerza de precepto, puesto que el consejo y el precepto pueden hallarse unidos en una misma raíz, y naciendo de ella pueden declinar en esta dos ramas. Precepto es el amar á nuestros enemigos, pero tambien es un importante y sublime consejo: es consejo en cuanto al *afecto*, y es consejo en cuanto al *efecto*. Querer la paz con el enemigo, la gracia y la gloria, es necesidad; pero prestar en favor suyo obras de beneficencia y darle pruebas de benevolencia, es consejo y perfeccion. El quinto consejo está íntimamente enlazado con el que acabamos de esplanar. La mansedumbre está tan íntimamente enlazada con la caridad, que no puede ser verdaderamente manso sino el que es verdaderamente caritativo. Así es que al darnos el Salvador este consejo de mansedumbre nos dijo por san Mateo: *Si alguno te hiriere en una mejilla, ofrécele la otra*; que fué tanto como decir: Deseo llegue á tanto extremo tu paciencia, que después de haber sufrido un bofetón estés dispuesto á sufrir otro. Este consejo de paciencia y mansedumbre dice respecto solamente á la lesion ó daño del cuerpo, porque en cuanto al daño del alma tambien nos dijo debemos estar resueltos á sufrir todas las penas del mundo antes que consentir en el daño de nuestra alma. A este mismo consejo y como en corroboracion de esta misma doctrina, nos añadió el mismo Jesucristo: Si alguno pretendiese litigar contigo en juicio para quitarte la túnica, déjala tambien la capa. El sexto es de misericordia y erogacion de aquello que tenemos, como nos lo dió á conocer cuando dijo por san Lucas: Da á todo aquel que te pidiere, no solamente por dar al que pide, sino por ensanchar la esfera del bien comun. Dar lo supérfluo al

que se halla en necesidad extrema, es un deber de justicia; dar lo que para nosotros necesitamos cuando por Dios nos lo piden, es un consejo. En verdad que en la práctica de este consejo resalta la grandeza de la misericordia y se enardece el ánimo inflamado por la caridad de Dios. Es preciso pues dar para recibir, y dar por Dios para recibir de Dios. No haya miedo que nos falte aquello que por Dios diésemos, aunque para nosotros lo necesitésemos. Dad, y se os dará una medida buena, llena, superabundante, y se derramará en vuestro seno la bondad de Dios.

Como quiere el Señor que sea la criatura buena, esto es, pobre, obediente, casta, caritativa, mansa y misericordiosa, tambien quiere que sea sencilla en sus palabras, y este es el sétimo consejo. Sean vuestras palabras, nos dice, sí, sí, no, no; sencillas y sin afectacion ninguna, afirmada la verdad, y contradecid y negad lo que fuere mentira. Sea la lengua intérprete fiel de los sentimientos del corazón, y de la misma manera la afirmacion ó la negacion estén en la boca que en el corazón; porque habeis oido que se dijo á los antiguos: *No serás perjuro*; mas yo os digo: De ninguna manera jureis. El octavo consejo, que se dirige á que huyamos las ocasiones de pecar, se expresó bien por el Salvador cuando dijo: *Si tu ojo te escandaliza, sácatelo y arrojalo de ti*. Sobre lo que dice san Agustín [1]: No atiendas á la letra de este consejo, pues no te manda el Señor cortarte ó arrancarte ningun miembro, sino que evites y huyas las ocasiones de pecar. Haz empero todas tus obras con recta intencion y con sano y puro fin, que en esto consiste el noveno consejo que él mismo te da: mirad que no obreis vuestra justicia á la presencia de los hombres, solo para ser vistos y alabados de ellos. Hacedla, sí, para que sea á vista de Dios y á él plaza, para que los hombres entonces alaben al Señor y le glorifiquen. Esto es lo que después confirmó diciendo: *Así luzca vuestra luz á la presencia de los hombres, que viendo vuestras obras buenas glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos*. Poco mérito tendria el hombre en sus buenas obras, si en ellas buscase solamente su propia utilidad y provecho, olvidándose de dar en ellas gloria á aquel que le dió su gracia pa-

[1] Div. August. lib. 1.º de Serm. Domini in mont.

ra obrar. Mas como hay una precision de que las obras y las palabras sean enteramente conformes, para que resplandezca en ellas la virtud y la gracia del Señor, nos dió su Majestad este décimo é importante consejo: *El que hiciere ó practicar obras buenas, y enseñáse á los hombres el modo de practicarlas, este será grande en el reino de las cielos.* No basta hacer una de las dos cosas, forzoso es unir entrambas, porque si no se tropezaria con aquel escollo que era el distintivo de los fariseos, y está consignado en el Evangelio de san Mateo por estas palabras: Atan sobre los hombros de los hombres cargas graves é insoportables, pero no quieren alargar un solo dedo de su mano para ayudarlas á llevar: son hombres que dicen y no hacen; por esto dice el Señor que el que hiciere y enseñare será el mayor en el reino de los cielos. Y en los Actos de los apóstoles se lee tambien que el mismo divino Maestro practicó este grandioso consejo: *Empezó Jesús, dice, á hacer y enseñar.*

No menos importante es el undécimo consejo, por el que nos enseñó Jesús á colocar toda nuestra esperanza en el Padre que en el cielo tenemos, diciéndonos: No tengais solicitud alguna ni cuidado por lo que habeis de comer y beber, ó por lo que habeis de calzar y vestir; estas son cosas que buscan con avidez y afanosa solicitud todos los que tienen el corazon pegado á la tierra. Vuestro Padre celestial sabe que necesitais todas estas cosas, y no permitirá sean defraudadas vuestras esperanzas. Mirad si no el hermoso plumaje de que están cubiertas las aves que vuelan por el aire; ellas no trabajan, ni hilan, ni juntan granos en los graneros, y vuestro Padre celestial cuida de ellas. Ved la hermosura y galanía de que se cubren los lirios hermosos de los valles; en verdad os digo que ni Salomon con toda su gloria ostentó jamás tanta magnificencia como uno de ellos. Si el heno del campo que hoy existe y mañana se quema en el horno, viste Dios con tanta pompa, ¡cuánto mas ha de cuidar de cada uno de vosotros? No temia pues, contados están los cabellos de vuestra cabeza, y no caerá ni siquiera uno de ellos sin la voluntad de vuestro Padre, porque mas vale uno de vosotros en su presencia, que todas las aves que vuelan por el cielo.

El último y duodécimo consejo es el de la correccion fraterna. Poco hace que hemos hablado de él; sin embargo, cúmpelenos decir,

que unas veces es mero consejo y otras es formal precepto. Cuando se corrige el hermano de faltas leves ó veniales y la correccion se da naciendo del fondo de la caridad que comunmente se debe tener con el prójimo, entonces es consejo; pero cuando se da sobre lo que es pecado mortal, entonces es precepto, y precepto que obliga siempre, aunque no por siempre, sino conforme á las circunstancias del lugar y tiempo, y cuando se cree que la correccion ha de ser útil: A este precepto son obligados siempre los mayores en dignidad y gobierno, y todos aquellos á quienes toca é incumbe tener cuidado de sus subordinados; y observando y guardando las mismas proporciones, podrá practicarse el consejo, pues siempre está bien en la criatura la práctica de las obras de caridad.

Como todas estas doctrinas tienen tanta conexión y guardan relaciones tan íntimas con la pobreza evangélica que aconsejaba y practicaba Jesús, advirtiéndole que el desaliento del jóven á quien le habia aconsejado, se habia apoderado tambien del corazon de sus apóstoles, les miró con una atencion muy particular y les dijo: En verdad que es cosa bien difícil que los que tienen muchas riquezas y las aman, entren en el reino de Dios. Y como ellos se espantasen mas de sus palabras, les volvió á decir: Hijos, ¡cuán difícil es entrar en el reino de Dios los que confían en sus riquezas! Mas fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar el rico en el reino de los cielos. El filósofo Celso dijo, segun refiere Orígenes, que Cristo habia tomado esta sentencia de las obras de Platon, el cual escribe: Que es imposible conciliar la virtud con la avaricia, ó que no puede darse un varon exímio en bondad y al mismo tiempo excesivamente rico; como si la Sabiduría eterna tuviera necesidad de mendigar de los gentiles las sublimes máximas de su bondad divina. Jesucristo reprueba y condena la avaricia, y el excesivo amor y abuso de las riquezas; pero segun sus principios no es siempre inconciliable ó incompatible con ellas la virtud heroica. El proverbio de que usó Jesucristo para expresar su pensamiento, era una locucion comun y familiar entre los hebreos y otras naciones orientales, y con él no quiso significar otra cosa, sino que es obra muy árdua ó casi imposible que los avaros y grandes amadores de las riquezas consigan la salvacion. Mas aterrados entonces los apóstoles, le re-

plicaron en el exceso de admiracion en que los puso la comparacion terrible que acababan de oir, y dijeron: ¿Dónde hallaremos hombres que no estén poseidos del amor de los bienes de la tierra? Pero Jesús, aquel sabio y dulce Maestro, los miró con ojos compasivos y les dijo para consolarlos: Es verdad que el hombre no puede salvarse por solas sus fuerzas naturales. Es asimismo cierto que los ricos no se salvan sin una gracia extraordinaria. Pero lo que es imposible á la criatura no lo es al Criador, pues tiene en sus tesoros gracias tan eficaces, que sin quitar la libertad á los hombres elevan al cielo á aquellos que tienen la mayor dificultad en desprenderse de la tierra.

No quiso empero Jesús que sus apóstoles quedasen como desmayados, caidos de ánimo y desfallecidos; y para alentarlos á caminar en la nueva senda que les había trazado, se insinuó con aquella dulzura con que sabia avivar las esperanzas mas desfallecidas, asegurándoles que á pesar de lo impracticable que les parecia su doctrina, tendria el éxito mas feliz en la empresa que les encargaba; lo que fué como decirles: Aun no se ha derramado mi espíritu sobre la tierra, no desesperéis, pues cuando yo lo enviare de lo alto de mi gloria, admirareis su poder. Haced de vuestra parte lo que de vosotros depende con vuestra predicacion y con vuestros ejemplos; mi espíritu acabará lo que falte. A pesar de la avaricia que reina en el mundo, vereis ricos despreciar las riquezas, usar bien de ellas ó renunciarlas, y confundirse entre los pobres para abrazar mi Evangelio y practicar su perfeccion.

Animóse con este discurso el Príncipe de los apóstoles, y conociendo que él y sus compañeros eran sumamente felices por haber abrazado la pobreza evangelica, tomó la palabra en nombre de todos, y dirigiéndose á Jesús le dijo: Bien veis, Señor, que hemos dejado todas las cosas con el designio de seguiriros y de vivir siempre en vuestra compania imitando vuestros ejemplos; ¿cuál será pues nuestra recompensa? ¿Qué será de nosotros?

Después de tantas doctrinas de Jesús sobre la virtud de la pobreza, y después de tan grandes y saludables consejos, bien podian saber los apóstoles el premio que les esperaba; pero como el Maestro divino tenia gusto en repetirles unas lecciones tan útiles y de

tanto consuelo para todos los que tuviesen en adelante la dicha de imitarlos, se complació en que le hiciesen aquella pregunta, á la que contestó: En verdad os digo, que será tan grande vuestra recompensa, que apenas os pasará por el entendimiento poderla esperar igual. Cuando se renueven las cosas y yo me sentare en la silla de mi Majestad, vosotros os sentareis sobre doce sillars para juzgar á las doce tribus de Israel. Sereis jueces de todas las naciones de la tierra, de las cuales formaré de aqui en adelante una sola Iglesia que será mi pueblo y mi heredad, como hasta ahora lo han sido aquellas tribus. Este juicio lo ejercitareis el dia de la resurreccion general, cuando las almas de todos los difuntos se unirán con sus cuerpos, y entonces se verá este hombre que veis ahora en todo semejante á vosotros, sentado en el trono de su gloria, residenciando á todos los hombres y juzgando de sus buenas ó malas obras para darles el premio ó castigo correspondiente á ellas.

Muchos padres y expositores sacros quieren que Jesucristo hable aqui de la renovacion del mundo por el bautismo, como si el Señor dijera: Cuando se renueven las cosas, cuando mi Iglesia fuere naciendo por el bautismo, que será el carácter de mis súbditos, lo que sucederá cuando el Hijo del hombre después de su muerte y resurreccion se sentare á la diestra de su Padre, vosotros tomareis tambien lugar sobre doce tronos, en que ejercereis la autoridad espiritual que yo os doy desde luego sobre las doce tribus de Israel, las que deben llevarse vuestros primeros cuidados, y después sobre todo el mundo [1], porque el imperio de la Iglesia que yo he venido á fundar, se extenderá desde el uno al otro polo, y recibirán el yugo suave de mi ley todas las naciones de la tierra.

San Bernardo, que por Dios habia renunciado el mundo y todas sus cosas, retirándose á la soledad de su amada Claraval, dice [2]: *Ved ahí, Señor, que nosotros hemos renunciado todas las cosas y te seguimos.* Estas son en verdad las palabras mágicas que en todo el orbe persuadieron á los hombres el abandono y menosprecio del mundo, aconsejándoles la pobreza voluntaria. Estas son las

[1] Hilarius et Autor Oper. imperfect. Alcazar. Coment. in Apocalyp.

[2] Div. Bernard. Sermon de Verb. Evangel. Ecce nos reliquimus omnino.

que llenan los claustros de monjes y los desiertos de anacoretas. Estas son las que despojan al Egipto de su poder y le arrancan sus vasos y joyas mas preciosas. Esta es la palabra de Dios viva y eficaz que convierte las almas con la feliz emulacion de la santidad y con la promesa fiel de la verdad. Y en efecto, yo diria muy bien, hemos renunciado todas las cosas, no solo las posesiones, sino tambien hasta los deseos de poseer, y muy particularmente aquellos que afectan y lastiman el corazon, mas por la concupiscencia del mundo, que por el meollo ó sustancia que tienen en sí. Esta es la causa principal por la que han de renunciarse voluntariamente todas las cosas; pues apenas hay alguna de ellas que no se posea con una afición desordenada, que no engendre la concupiscencia del mundo. Es sobre pegajosa nuestra naturaleza y se inclina con frecuencia y con muy sobrada violencia á las cosas de la tierra, por lo que es preciso tenerla á raya, contenerla y domarla. Procura pues, oh tú, que te dispones á renunciar todas las cosas del mundo, á contarte tú mismo en el número de los que renunciés, y si piensas seguir á Aquel que por tí se despojó de todo lo que era tomando la forma de esclavo, despojándote tambien de los afectos de tu corazon, y renunciar primera y principalmente hasta tus propios deseos, para que no siendo esclavo de ellos seas verdadero discípulo de Jesús. Depon y arroja para siempre de tí esa gravísima carga que oprime y molesta. Abandona esos cinco pares de bueyes que neciamente compraste, porque oprimido con las funestas inclinaciones á que arrastran esos cinco sentidos, juntamente con la sensualidad de la carne, no podrás venir al festin de las bodas espirituales para las que te llama y convida el Esposo.

Responció el Señor á sus apóstoles, y les manifestó tres premios que consiguen los que todo lo renuncian por conseguirle y caminar por el mismo camino que él. El primero es, que serán jueces con el Juez supremo cuando venga á juzgar á los vivos y á los muertos; por lo que les dijo: Vosotros que renunciando todas las cosas me habeis seguido en la imitacion del modo de vivir en la regeneracion, esto es, en el juicio ó en el tiempo de la regeneracion del género humano, no en la primera cuando se regeneran las almas por el agua y el Espíritu Santo en el bautismo, sino en la segunda,

cuando se regeneran los cuerpos en la resurreccion universal, entonces vosotros os sentareis sobre doce asientos para juzgar al mundo todo. Os sentareis junto al Hijo del hombre, porque así como este en forma de hombre fué juzgado, así tambien en forma humana vendrá á juzgar, y así tambien como en forma humana le seguisteis, así tambien cuando se sentare en el sòlio de su Majestad haciendo ostentacion de su poder, os sentareis junto á él cuando con majestad y grandeza viniere á juzgar. En los doce apóstoles queda significada la universalidad de todos los santos que habiéndolo renunciado todo por Jesucristo le acompañarán y harán la corte en el día del juicio; y en las doce tribus queda tambien demostrada la universalidad de todos los buenos y malos que han de ser juzgados: feliz pobreza voluntaria de los que todo lo dejan por seguirte á tí, oh Jesús! Feliz en verdad, que tan seguros tendrá á tus escogidos en aquel día de una tan estrepitosa conflagracion de los elementos; de un tan tremendo exámen de los méritos, y de una tan terrible disparidad de los juicios. En aquel día habrá no solo uno, sino muchos juicios. Habrá el juicio de la principal autoridad en el que juzgará la Trinidad Augusta. Habrá el juicio de promulgacion, en el que Jesucristo, Dios y hombre verdadero, pronunciará la sentencia. Y habrá el juicio de la divinidad accesoria, esto es, el juicio en que los apóstoles y los demás santos, siendo como asesores del supremo Juez, prestarán su asenso y aprobacion á la sentencia que pronuncie el Salvador, no por su autoridad, sino por el asenso y union de voluntad que tienen á la voluntad del Redentor; sobre lo que dice el venerable Beda [1]: Justa en verdad y digna retribucion, para que aquellos que todo lo dejaron y despreciaron la gloria del mundo por el amor de Cristo, sean sus asociados en el día del juicio, y le asistan como asesores cuando se haya de juzgar el mundo y todas sus cosas para el fuego eterno, y para que ya que por el amor de Cristo, mientras vivieron en el mundo no quisieron por ninguna consideracion ni respeto separarse de él, lleguen tambien con él hasta la cumbre de la potestad de juzgar.

El segundo premio que tendrán los que todo lo dejan por seguir

[1] Ven. Bed. in cap. 10. Marci.

á Jesús, será la superabundancia del que recibirán en comparación de la pequeñía de todo lo que dejaron, porque recibirán el ciento por uno, esto es, el ciento de los consuelos espirituales y la abundancia de virtudes, de dones y de gracias que tienen un valor multiplicado, ó cien mil veces mayor que todos los deleites y riquezas de la tierra que pudieron dejar. Renunciaron una casa en el mundo, y alcanzarán un palacio eterno en la gloria. Dejaron un padre terreno y adquirirán otro celestial y divino. Se apartaron de los hermanos carnales y terrenos, y tendrán por hermano á Cristo y á todos los ángeles y santos en el cielo, cuyas cosas, comparadas las mas con las otras, tendrán las que reciban una ventaja tanto mayor cuanta es la de ciento por uno. Por último, conseguirán el tercer premio que consiste en la fruición de Dios, de su gloria y de la dicha bienaventuranza eterna, con lo que nada del mundo puede tener ni un solo punto de comparación. En el mundo todo es duro y perecedero; en el cielo todo es permanente y eterno. En el mundo está el hombre con toda la concupiscencia y pecados que le rodea, en el cielo está Dios con toda la majestad y grandeza que le es propia y con su belleza y hermosura que todo lo llena de contento y gozo. En la tierra están el pecado, las miserias y desgracias, los suspiros y lágrimas, y después la muerte. En la gloria no hay aflicciones, ni padecimientos, ni lágrimas, ni suspiros, ni muerte, sino un vivir y gozar eterno, una paz perpétua y un bien el mas sólido y completo.

Muy oportunamente discurre san Agustín sobre estos premios [1], y dice: Porque los hombres aman vivir sobre la tierra, por esto se les promete la vida, y porque temen mucho morir, por esto se les ofrece la eterna. Parece que debía bastar para verdadero consuelo de la flaqueza humana el que se le dijese tendrás la vida eterna. Amémosla pues, y amándola conoceremos cuánto debemos trabajar para conseguirla, viendo que los hombres amadores de la vida presente, temporal y finita, cuando les sobrecoge el miedo de la muerte trabajan cuanto pueden, no para quitarla, sino para diferirla. En ver-

[1] Vid. Agust. ps. 62.

dad puede llamarse, y es verdaderamente dichosa, esta pobreza voluntaria, que recibe ciento en recompensa de la vida presente, y la eterna para lo futuro. A trueque de tan gran premio bien puede dejar la criatura su padre y su madre, sus hermanos y hermanas, su mujer y sus hijos, sus campos y heredades, para practicar mas perfectamente y predicar con mas libertad el Evangelio; recibirá el cien doblado en esta vida y después la eterna. No tendrán comparación los bienes espirituales con que enriquecer á su alma, con los temporales que deja, de manera que bien se consideren los dones que puede recibir en la tierra y los goces que debe expresar en el cielo, el trueque siempre ha de ser sumamente ganancioso. Y hasta las persecuciones de los enemigos del Señor, que con todo eso dice su Majestad no pueden faltar á quien le sigue, servirán solo de aumento para con el afecto de los fieles, los que con vigilancia atenderán á sus necesidades y harán veces de padre, de madre, y de hermanos y hermanas; y después de tan bien pagados en este mundo por el sacrificio que hubieren hecho, concluye el Señor, tendrán en el siglo futuro una bienaventuranza eterna.

Lo que aquí dice el Salvador en breves palabras, lo confirman con larga experiencia los gozos que sienten aun en esta vida los que por Cristo han hecho voluntaria renuncia de sí y de sus bienes. Y estos consuelos sobrepujan en tanto grado á los que promete la abundancia de lo temporal, que no hay en el mundo quien pueda tener tanta satisfacción y gozo en sus deleites, cuanta es la que tiene un pobre de Cristo en tener hambre y sed, en andar desnudo y tener frío, y padecer todas las molestias por aquel. Esta diferencia de gozos á gozos, nace de la que hay entre los bienes que se dejan por Cristo y los que se hallan con Cristo. Deja el siervo de Jesús bienes contrahechos y falsos, y halla bienes sólidos y verdaderos; deja bienes mudables que se alteran con la fortuna y no pasan mas allá de la vida, y halla bienes muy superiores á aquella, que con la muerte se perfeccionan ó se truecan en otros mayores; deja bienes del cuerpo, y halla bienes del alma; deja honra falsa, y halla honra verdadera; deja deleites, ó que son viciosos, ó con facilidad se vician, y halla deleites que no tienen ni pueden tener mezcla de

suciedad, acompañados de gozo purísimo y duradero que penetra el corazón, le enagena de sí y le tiene levantado sobre sí mismo, suspirando por el día de la vida eterna.

Considera pues bien esta retribucion, y gózate, y da gracias á Dios que pensionó el hacer un negocio tan ventajoso que ganes aquí en la tierra el ciento por uno, y que sin embargo te proporcione después la vida eterna. Entra con frecuencia en esta consideracion santa, en la que puedes entrar fácilmente por medio de la oracion. Avergüénzate de que haya en tí tanta estupidez y locura, que te atreves á dejar ciento por uno, y la vida eterna por la vida temporal; y procurando hacerte semejante en todo á los apóstoles, abandona todo lo que posees por seguir á Cristo. No te olvides que los cristianos de la primitiva Iglesia vendian cuanto tenian para abrazar la ley del Crucificado, y ponian su oro y su plata á los piés de los mismos apóstoles, y en esta sola accion contempla otras dos, cual mas generosa y digna. Porque los primeros fieles aborrecen el oro y la plata, lo ponen á los piés de los apóstoles, y porque estos igualmente lo desprecian no lo reciben, ni tocan con su mano; lo admiten, sí, pero para repartirlo entre los pobres del Señor. Eres mayordomo de Cristo, reparte con hilaridad y alegría á los pobres todo lo que te sobrare, y merecerás la vida eterna.

ORACION.

Benignísimo Jesús mio, concede la dicha á este miserable é indigno hijo tuyo, de que por tí y por tu amor, y por la gloria de tu santo nombre, renuncie y abandone las riquezas, las delicias, las pompas y aun á sí mismo, con todas las cosas que son del mundo, de la carne y de la sangre, para que hecha esta solemne renuncia se una estrechamente contigo, y tomándote por modelo te siga constantemente en todos los actos de su vida, sacrificando su corazón y todas sus cosas en las aras de tu amor. Dale á conocer, oh Señor, cuán duro y pesado es el yugo de los bienes terrenos, y cuán grave é inminente es el riesgo de que se pierda aquel que los mirá como su única posesion. Rompe estas cadenas que me tienen apri-

sionado, para que vuele libremente á tí y te siga, porque en tí es tan el bien y el deleite en su colmo. Vactame de toda codicia y ambicion y lléname de tí, que aun en esta vida has querido ser premio cumplidísimo de los que por tí dejan lo que es infinitamente menos que tú, para que siguiendo la santa vereda de tu ley, no sea defraudado del premio eterno que tienes prometido á los que por seguirte todo lo renuncian en la tierra. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XIX del Evangelio de san Mateo, desde el versículo 23 hasta el 30. Al X de san Márcos, desde el 23 hasta el 31. Y al XVIII de san Lúcas, desde el 25 al 30, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Mateo como propio para la misa del día de la conversion de san Pablo, á 25 de enero, desde el versículo 27 hasta el 29, ambos inclusive, y en otras varias festividades del año, y muy particularmente en la misa *Os justi* del comun de los abades; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE LA CONVERSION DE SAN PABLO.

San Mateo, cap. XIX, vs. 27 al 29.

En aquel tiempo dijo Pedro á Jesús: He aquí, nosotros lo hemos abandonado todo y te hemos seguido; ¿que premio pues nos será dado? Mas Jesus les dijo: En verdad os digo que vosotros que me habeis seguido en la regeneracion, cuando se sentare el Hijo del hombre en la silla de su Majestad os sentareis vosotros tambien sobre doce sillas juzgando á las doce tribus de Irael. Y cualquiera que por mi nombre abandonare su casa, ó sus hermanos, ó sus hermanas, ó su padre, ó su madre, ó su esposa, ó sus hijos, ó su hacienda, recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna.